

NATIONAL UNIVERSITY OF IRELAND, GALWAY
OLLSCOIL NA hÉIREANN, GAILLIMH
SEMESTER II EXAMINATIONS, 1999-2000

SH321 SPANISH TRANSLATION

Unit Value: 1

Dr. D. J. George
Professor D. Bradley

Time allowed: three hours
Answer both questions

Translate into English:

1. El llanto de niño se oía lejano, como si viniera de nuestro dormitorio. Me atreví a mirar. Allí estaba la cocina, vacía, sin personas y sin comida. Estaba anocheciendo, era hora de que Janet se preparara algo de cena, quizá iba a hacerlo en cuanto el niño se apaciguara. Pero no pude esperar, y bordeé la casa para intentar ver algo por la parte delantera. Rodeé la casa por la derecha, pegado a los muros y semiagachado para no ser visto. Luego me fui incorporando lentamente hasta que con mi ojo izquierdo vi el interior del salón. Estaba también vacío, la ventana estaba cerrada, y seguía oyendo el llanto de niño, del niño que ya no podía ser Martin. Janet debía de estar en el dormitorio, calmando a aquel niño, quienquiera que fuese y si ella era ella. Iba ya a desplazarme hacia la ventana de la izquierda cuando se abrió la puerta del salón y vi aparecer a Janet. Sí, era ella, no me había equivocado de casa ni se habían mudado sin mi conocimiento.

Llevaba puesto un delantal, como había previsto. Llevaba siempre puesto el delantal, decía que quitárselo era una pérdida de tiempo porque siempre, decía, había que volver a ponérselo por algo. Estaba muy guapa, no había cambiado. Pero todo esto lo vi y lo pensé en un par de segundos, porque detrás de ella, inmediatamente, entró también un hombre. Era muy alto, y desde mi perspectiva la cabeza le quedaba cortada por la parte superior del marco de la ventana. Estaba en mangas de camisa, aunque con corbata, como si hubiera vuelto del trabajo hacía poco y sólo le hubiera dado tiempo a despojarse de la chaqueta. Parecía estar en su casa. Al entrar había caminado detrás de Janet como caminan los maridos por sus casas detrás de sus mujeres. Si yo me agachaba más no podría ver nada, así que decidí esperar a que se sentara para verle la cara. Cuando se retiró de la ventana, dejó entrar en mi campo visual a Janet de nuevo. No se hablaban. Parecían enfadados, con uno de esos momentáneos silencios tensos que siguen a una discusión entre marido y mujer.

Javier Marías, *Mientras ellas duermen* (1990).

p.t.o.

2. René seguía hablando y sus palabras no sonaban muy coherentes. Su padre sintió compasión, como si aquel nerviosismo le perteneciera. ¿Cómo transmitirle que no iba a juzgarle? Sólo podía mirarle desde el fondo de sus sentimientos, a lo que ninguno de los dos estaba acostumbrado. Al fin, se levantó y, apoyándose en el brazo que René le ofrecía, se dirigió hacia la puerta de la sala. No habían hablado, todos los discursos pensados se habían evaporado y, sin embargo, cuando el señor Dufour, ya en la puerta, miró a René retuvo su mirada, supo que su hijo lo entendía y, por un momento, tuvo la certeza de que una larga conversación había tenido lugar entre ellos.

El señor Dufour regresó a la ciudad y, días más tarde, los huéspedes de la casa también se marcharon. Los Clement dejaron de convocar a sus vecinos. Los días soleados cesaron y sobrevino un clima casi invernal que dio al traste con las ilusiones primaverales. Todavía faltaban meses para el verano. René leía en la biblioteca y paseaba por el campo. Se aburría. Se sentía cansado de sus continuas aventuras, de su constante ir y volver de la oficina a casa, los bares, la conversación con Fanny. Fanny le escribía. Sus cartas eran echadas a la papelera tras una rápida ojeada. Afortunadamente, Fanny no lo necesitaba. Acabaría por casarse con otro hombre y formaría un buen hogar. Se sentía desanimado y triste, no sólo turbado por el recuerdo del robo, que no había sido capaz de confesar a su padre, sino porque toda su vida tenía un aire de mediocridad.

Con ese estado de ánimo, contemplaba el paisaje, llano y verde, que se extendía ante sus ojos. Los setos del jardín, cuidadosamente recortados, los macizos de flores, el orden que imperaba alrededor de la casa, no conseguían reconfortarlo. Por el contrario, contribuían a hacerle sentir con mayor agudeza su desarmonía con el mundo. Los jardineros se aplicaban a su tarea a pesar de la lluvia. Cubiertos con toscos impermeables negros, recorrían despacio el jardín, repasándolo.

Soledad Puértolas, *Burdeos* (1986)